fique más el deseo de tributar la gloria, el honor y la bendición á Aquel que sólo vive para nosotros y con nosotros en la vida eucarística, verdadera vida del amor? ¿No podrán decirse de cada uno de los corazones que vienen á encenderse en la divina caridad, á las puertas del tabernáculo, no podrán aplicarse á estos hijos amados de Jesucristo, que vienen á demostrarle su fe y su amor en la llama de ese cirio que arde en sus manos, las mismas palabras con que la Verdad eterna elogia y enaltece á los que la escuchan? ¡Ah! "¡Cuánto gozo y felicidad encuentran los que velan todos los dias á las puertas de su morada!"

"El hombre siente una necesidad inmensa de estar siempre junto á Dios, de tener siempre á Dios consigo, de conversar íntimamente con Dios, de recibir á Dios en su propia persona, de unirse á Dios, y de trasformarse en Dios, alimentándose de Dios. Esta necesidad es para el hombre una necesidad sagrada, íntima é intrínseca, que nace del fondo mismo de su naturaleza, y forma el carácter distintivo de su sér y de su modo de ser. Pues bien: era muy natural que esta necesidad del hombre fuese satisfecha, y que, queriendo Dios satisfacerla, hiciese servir su poder infinito á este gran designio de su sabiduría infinita y de su infinita bondad. Todo esto se verifica completamente por la Eucaristía. Nosotros comprendemos, pues, que este misterio, á pesar de ser un misterio que sola la inteligencia infinita ha podido imaginar, y que sólo el poder infinito ha podido cumplir bajo la



inspiración del amor infinito, es, sin embargo, el misterio más conforme á la naturaleza de Dios y del hombre; y que, á pesar de ser divino y sobrenatural, porque se eleva infinitamente sobre toda la virtud de la naturaleza, y porque se le cree sin comprenderlo, en virtud de una fe sobrenatural y divina, es, sin embargo, el misterio más sencillo y más natural, en sus relaciones con el pensamiento de Dios y las necesidades del hombre."[1]

## IV

Al entrar en el Santuario, al ver el altar en que descansa el amable Jesús, Rey supremo de los reyes, de los cielos y de los siglos, basta tener un destello de amor y de fe, para que el corazón se conmueva por una emoción indefinible. Un momento más de reflexión, y al respeto se une la confianza; el alma se siente dulcemente atraída, y es necesario que sea insensible para que los ojos no dejen escapar una lágrima de ternura. Y esto sucede así, porque la actitud de humildad y de clemencia en que se nos presenta este bondadoso Redentor, es la más á propósito para inspirarnos el amor más dulce, y para animarnos á que le tratemos con la misma intimidad que Él nos dispensa, siempre dispuesto á recibir nuestras visitas y á manifestarnos su bondad; á admitir nuestros homenajes, y á derramar sobre nosotros sus misericor-

1 Ráulica. Armonías de la Eucaristía, Pª 114.

dias; á oir nuestras súplicas y á enriquecernos con sus gracias; á escuchar nuestros gemidos y á concedernos sus consuelos. ¿Existe acaso en la vida humana un momento de mayor bien, de mayor gloria y de mayor estima, que el de nuestra presencia ante el trono de Jesús? ¡Ah! Yo bien sé que hay corazones para quienes nada valen todos los placeres de la tierra, y que sólo viven cuando están á los pies de Jesucristo; pero sé también que hay almas menos felices, que, tristemente deslumbradas por las pálidas apariencias del bienestar mundano, dejan pasar sus dias como el arroyo que corre bajo la espesura de los bosques, adonde no penetran los hermosos rayos del Sol divino de la Eucaristía. Es porque no quieren oir la voz de Jesús; es porque afectan desconocer la felicidad que se disfruta en los tabernáculos del Señor: felicidad que, aunque sea de un solo dia, es infinitamente superior á la de mil años que se pasan en la habitación de los pecadores;[1] es porque no han meditado en esa anticipación de los goces del cielo, prometida á los que oyen las palabras de vida, á los que velan constantes en las gradas de la mansión de Jesucristo.

V

Entre todas las instituciones de piedad que forman el esplendor y la gloria de la Santa Iglesia Católica, puede afirmarse que ninguna es de ma-

1 Salm. LXXXIII, 11.



yor excelencia, ninguna está llamada á ejercer en los corazones una influencia más profunda, ninguna simboliza mejor los futuros destinos de la humanidad, como la adoración perpetua de Jesucristo en la Divina Eucaristía. El siglo actual, á pesar de sus deplorables aberraciones, puede estar justamente satisfecho de haber llevado á una altura increible los progresos de las artes; pero nada podrá igualar al honor que obtiene, por haber dado incremento á ese incendio de gratitud y de amor que estremeciendo las almas las conduce á la presencia de su Dios, para que descansen allí de los grandes sacudimientos de la sociedad. ¡Oh institución venida del cielo con el fuego divino de la caridad! En tí se cifra el porvenir.... tú serás el remedio de nuestras desgracias....

¿Es mucho decir? Pues no se puede decir menos. La Santísima Eucaristía, testimonio palpitante de todo el amor que Dios nos tiene, es el resumen magnífico de la bondad, del poder, de la riqueza; es la Encarnación continuada del Verbo Eterno, la memoria perenne de la Pasión de Jesucristo, la Víctima augusta de propiciación, el principio fecundo de todas las virtudes, el sabroso maná en nuestro destierro, el precioso germen de la inmortalidad. De donde se sigue, que si llega el dia en que todos los corazones no encuentren ya otro bien en esta vida, que hacer compañía á Jesús, porque comprendan que su milagrosa presencia en nuestros altares es el único objeto digno de amor sobre la tierra, ese dia feliz estará plena-

mente cumplida aquella tierna promesa de que *"no habrá más que un solo rebaño y un solo Pastor."*[1]

## VI

Y debe ser así. Porque si la oración es tan eficaz, y nos une tanto á Dios, que es llamada con justicia *llave de oro que abre los tesoros del cielo*, ¿dónde puede extenderse y dilatarse más el hermoso vuelo de nuestra oración, sino allí donde está nuestro Omnipotente Mediador? ¿Dónde puede ser más humilde, ni más ferviente, ni más perseverante el ruego del infeliz culpable, ese ruego que rasga los cielos y hace descender torrentes de misericordia, sino á los pies de Aquel que ha ofrecido concedernos todo lo que pidamos en su nombre? ¿Dónde puede elevarse el alma con más rapidez al deseo y á la contemplación de los bienes celestiales, sino en vista del Cordero inmaculado, á quien rodean los coros de los Angeles y de las Vírgenes, de los Confesores y de los Mártires? ¡Qué grato es pensar que mientras el mundo se entrega á sus fugaces placeres, abriendo las puertas de la desventura á los que le sirven, existen muchos corazones en la presencia de Jesucristo, consagrándole sus adoraciones, y llamando á las puertas de su amante Corazón, para encontrar el verdadero gozo!

Fe viva, fervor ardiente y deseo constante de honrar al dulcísimo Jesús, que vive en la Euca-

1 San Juan X, 16.



ristía, y sabe premiar la fidelidad, han formado en todo tiempo el carácter de las almas que comprenden dónde está el verdadero amor. ¡Que nuestro ruego, unido al de la Santa Iglesia, alcance las bendiciones y los consuelos divinos, en proporción á los sentimientos de nuestra humildad y respeto! *Sic nos tu visita, sicut te colimus.*[1]

1 Himno: *Sacris solemniis.*